

cantidad de leche; que su fuente les daba el agua mas pura, y en la estacion del calor tan fria como la nieve; y que el clima era el mas suave del mundo, porque, aun cuando el termómetro solia estar á noventa grados, nunca dejaba de soplar un aura fresca y consoladora. ¡ Qué asilo para hacerse ermitaños por un verano ! Mi elocuente montañesa me dió varias plantas que en nada se parecian á las que yo conocia. Una de ellas especialmente, á que dió el nombre de piña de tierra (*), es peculiar, segun me explicó, de los Aleghanies, y en algunos sitios cubre muchas aranzadas de terreno. Los cuartos estaban graciosamente adornados con esta hermosísima planta, que formaba al rededor de cada estancia una elegante colgadura de guirnaldas y festones.

En muchas partes han hecho desmontes de consideracion, y el camino pasa por varias granjas ó cortijos que han situado en los valles mas abrigados. Añadieron que los lobos infestaban las cercanías, pero que no se conocian allí las panteras, que son el terror del Oeste, y apenas se veian osos. En cuanto á reptiles nos confesaron que los tenian en abundancia, pero mui pocos de especies que considerásemos peligrosas.

(*) Me parece que Mistress Trollope habla del *Chamaepitys* que Lineo llama *Teucrium Chamaepitys*.

Por la tarde dimos vista al rio Monongehala, cuyas riberas nos presentaron en una distancia de bastantes millas una hermosa sucesion de escenas ya silvestres ya domésticas. En algunos puntos se levanta de repente en la misma orilla una roca negra tajada perpendicularmente; en otros un molino con la casita rústica del dueño al lado, su huerto y su corral completan la imágen halagüeña de las comodidades y ventajas de la industria.

Villaparda (Brownsville) es un pueblecito mui animado, construido sobre las orillas del rio, y pareceria mucho mejor si no lo ennegreciera el humo del carbon. No me acuerdo de haber visto en Inglaterra un pueblo vecino á una mina de carbon de piedra tan negro como Wheeling y Villaparda. Aquí pasamos el Monongehala en una barca chata que recibió cómodamente nuestro enorme coche y sus cuatro caballos.

Quando salimos del pueblecito negro volvimos á encontrar los cuadros romanescos de grupos de árboles reflejados en las aguas del rio, y de riscos desnudos fantásticamente amontonados, que descuellan por cimas de los pinos y cedros como los góticos torreones de un castillo feudal. ¡ Cuántas veces (mas yo misma confieso que era demencia) cuántas veces no me lamenté

de que no lo fueran en efecto ! El viajar, andando leguas y leguas sin encontrar huellas mas gloriosas de los pasados siglos que una masa de hojas podridas, ó un pedazo de roca desmoronado, produce en la imaginacion efectos sombríos, terrestres é infecundos que no se pueden describir, y contra cuya influencia melancólica no procuran las mas amenas perspectivas sino un remedio casual y transitorio.

La segunda noche que pasamos en las montañas, nos albergamos en una casa solitaria y con todo el aspecto de un asilo abandonado; pero mucho mejor nos fué en ella que en la posada de la noche anterior, porque á lo menos tuvimos sábanas limpias, y nos sirvieron sin gruñir. A las cuatro de la mañana volvimos á ponernos en marcha, espiondo con ansiedad la luz que iba á mostrarnos cuadros tan bellos y agradables como los que habíamos admirado el dia anterior. Y no salieron vanas nuestras esperanzas, aunque el espectáculo fué un poco variado; pues los vapores que cubrian por todas partes los valles y peñascos, recibieron el primer rayo de la alborada, que saltó de las cumbres mas altas de la sierra y sembró de los matices y vislumbres del prisma los revueltos grupos de niebla que se lo reflejaban : parecia

en efecto que estuviésemos rodeados de un arco iris.

Solo nos quedaba que pasar una cordillera, y al llegar á la cumbre y tender la vista por el nuevo mundo que se abria á nuestros pies, no sabia si me regocijaba de que

« Del largo trecho andado las fatigas »

estaban ya pasadas, ó si veia con pesadumbre que nuestras jornadas por los montes se acercaban al fin.

La novedad contribuyó sin duda, y no poco, á dar mas intensidad á los placeres que me procuraban aquellos cuadros. Las vistas de las montañas eran escenas con que yo estaba poco familiarizada : Gales era todo lo que habia visto, y la region de los Alpes Aleghanies en nada se le parece. Es un mundo de montañas, que se levantan al rededor vuestro en todas direcciones y bajo todas formas, hurañas, enormes y salvages, mas donde os convida á cada paso un sitio tan ameno, verde y florido, como el retrete rústico de predileccion perteneciente á alguna noble Flora de nuestra hermosa tierra. Esta excursion es un paseo de noventa millas por medio de calmias, adelfas, azaleas, parras silvestres y rosas virginales y en una calzada de-

fendida de todos los vientos por masas colosales de rocas de varios colores, sobre las cuales

« Altos pinos y cedros corpulentos
« Sacuden sus obscuras cabelleras, »

mientras que por donde quiera volvais los ojos, vereis un valladar de montañas, cuyas puntas se esconden en las nubes.

Despues de bajar la última cuesta, llegamos á Haggerstown, bonita poblacion entre villa y aldea, donde la piedad de los cocheros presbiterianos nos condenó á pasar un dia entero y dos noches, « porque la línea de acomodo no debia andar el *sábado* (domingo). »

Es menester advertir que este dia de reposo forzado no era domingo. El *sábado* por la tarde se nos habia agregado en Cumberlandia un voluminoso pasajero, que era, segun descubrimos al instante, uno de los amos del coche. Habiéndonos preguntado nuestro nuevo compañero de viaje, con mucho modo, si queriamos caminar el *sábado*, ó hacer alto, le respondimos que preferiamos seguir nuestra jornada.—«Entonces mañana saldrá el coche,» replicó nuestro liberal cochero con la mayor urbanidad. Asi pues anduvimos todo el domingo y llegamos por la noche al pueblo. El

amo del coche, que tan atento se habia mostrado, nos dejó á la puerta de la posada, y cuando preguntamos al mozo á qué hora saldríamos por la mañana, nos dijo que tendríamos que permanecer allí todo el lunes, porque el coche que nos debia conducir, no llegaria del Este hasta el martes por la mañana.

De esa manera descubrimos que el dispensarse de guardar el *sábado* no fué sino por su conveniencia propia y no por nosotros, y que teniamos que estar en el cepo veinticuatro horas no obstante (9). Esa fué una pasada yanquí (*).

Por fortuna nuestra la posada era de las mas cómodas en que hubiesemos entrado. Allí nos convencimos de que habiamos dejado atras la América occidental. En lugar de reunirnos, como literalmente lo habia hecho el posadero de Cincinatos por haber pedido una sala separada, en Haggerstown nos dieron dos sin pedir las. Un criado *comme il faut*, es decir : aseado y de modales, nos llamó á almorzar, á comer, y á tomar el té, y todo lo encontramos preparado con abundancia y aun con gusto. El dueño del establecimiento nos esperaba siempre á la puerta del comedor, para

(*) Yankee, apodo con que distinguan los Ingleses á los Americanos en la guerra de la independencia.

preguntarnos si queriamos alguna otra cosa que no hubieran puesto en la mesa, y luego se retiraba. Los precios sin embargo no eran mas subidos que en Los-Cincinatos.

Cerca de la poblacion corre una crica (creek) ó arroyo considerable llamada la Crica de Conococheque : dicen que el valle por donde pasa es el mas fértil de América.

Al tiempo de montar para salir de Haggertown, tuvimos la mortificacion desaber que no éramos solos en el abultado *acomodo* ; dos damas y dos caballeros se presentaron á la puerta para tomar posesion de sus asientos. Arranca á las cuatro con la claridad de una luna brillante, y corrimos dando saltos y cabezadas con el traqueteo y el sueño por un camino mucho peor que los arrecifes de las montañas.

Cuando apuntó el dia vimos que una de nuestras damas era una vieja, y la otra, que era bonita, hija suya.

Despues de amanecer advertimos que nuestro paso era mas lento que de costumbre, y que de cuando en cuando nuestro cochero dirigia á su compañero muchas y vehementes exclamaciones. Los hombres sacaron la cabeza por las ventanillas del coche, y preguntaron lo que habia ; pero no pudieron saberlo, hasta que el correo nos alcanzó. Los dos carruages se pararon y comenzó un diálogo de impreca-

ciones entre los conductores. Por último supimos que una de nuestras ruedas estaba rota de manera que nos era imposible pasar adelante. Al oír esto la señora mayor se hizo inmediatamente el papel principal de la escena. Se tiró á la ventanilla, y alargando el cuello cuanto podia y dirigiéndose á los pasajeros del correo que eran todos hombres, empezó á gritar : « ¡ Caballeros ! ¿ no podeis hacer sitio para dos en vuestro carruage ? — ¿ Solamente para mí y mi hija ? » Esta candorosa sencillez provocó la risa de los pasajeros de ambos coches. No podia dudarse que obraba por el principio de cierto devoto que dirigiéndose al cielo con una súplica exclusivamente en favor suyo, añadía : — « *Pour ne pas fatiguer ta miséricorde* (por no cansar tu misericordia). Nuestras carcajadas no intimidaron á la buena señora, ni calmaron un instante el ardor con que repetía su demanda : — « Solamente para dos, decía, para dos solamente, caballeros ! ¿ No podeis hacer sitio para dos ? »

Nuestra situacion era realmente crítica ; pero hubiera sido imposible dejar de reírse. Luego que estuvimos ciertos que nuestro coche no podia llevarnos, y que en el del correo no habia lugar *ni aun para dos*, resolvimos ir á pie á la aldea vecina, que dichosamente no distaba del parage de nuestro contratiempo

mas de dos millas, y aguardar que compusiesen la rueda. Inmediatamente partimos al paso que debian hacer tomar las seis y el frio de una mañana de marzo, dejando en el último rincón de la zaga á nuestra dueña y su bonita hija; porque la naturaleza exclusiva de su demanda habia endurecido nuestro corazón.

Para reparar el tiempo perdido en nuestra detencion, luego que tuvimos una rueda nueva, daba el cochero tal priesa á los caballos, que el carruage parecia que se iba á estrellar entre aquellos vaches y pedruzcones. El terror se apoderó de nuestra vieja egoista que cayó en la mas completa agonía. — « Sacadme de aquí, exclamaba, sacadme de aquí. ¡ O Señor! Queremos bajar; ¡ ai! ai! ¡ ai! ¡ ai! ¡ Dios mio! Que nos bajamos, que nos queremos bajar, que nos bajaremos.» Sus gritos duraron todo el camino, que con la risa, la marcha y el paseo á pie nos pareció, y en realidad, fué de los mas cansados.



CAPITULO XIX.

Baltimore.—Catedral católica.—Colegio de Santa-Maria.—
Sermones.—Escuelas de niños.

Conforme nos íbamos acercando á Baltimore, veiamos aumentarse las señales de la cultura; las cercas tenian mas apariencia de arte y de gusto; las casas empezaban á parecer habitaciones construidas para la comodidad y el regalo; en fin todo nos consolaba de la pena que nos podia causar la pérdida de vista de las hermosas montañas, y mas que todo lo que mirábamos al rededor nuestro, la idea de irnos aproximando á la Atlántica.

Desde el momento que nos apartamos de las riberas del Ohio, aunque merece sin disputa su título de « el rio hermoso, » especialmente cuando se compara con el melancólico Misisipi, noté toda la verdad de una observacion que me acordaba de haber oido en Inglaterra, á saber: que los rios pequeños son mas hermosos que los grandes. En efecto, hablando de perspectiva, la evidencia de esta asercion